

ALABANZA DE LOS FUNDADORES

CARLOS BETANCUR ARIAS

...Antioquia entonces era parte bien principal de la República; la República de Colombia era entonces parte bien importante, nada importa que no fuera conocida en sus intrínsecas capacidades de progreso, del continente; y el continente americano ya anunciaba su afán de preponderancia en el orbe terrestre.

Se había desarrollado en los últimos años un proceso histórico en la República, de convulsiones extraordinarias, de raros presagios. Y las crónicas de entonces no tenían la viveza que pueden tener hoy, por cuanto los medios de comunicación social eran muy elementales todavía; por eso podía prestarse la época de deformaciones que hicieran de las verdades mentiras, cuando no acertijos. Y los hombres de Antioquia, los más representativos de entonces en el orden social, en el político, en el científico, en el investigativo, en el patriótico y en el religioso, convinieron en fundar una Academia, una entidad de orden científico y cultural, que enderezara la búsqueda de los acontecimientos pasados con luz serena de verdad, por caminos de certeza, con el fin de colocar cimientos firmes a la contextura sociológica de su desenvolvimiento.

Desde la eternidad, en comunión continua con nosotros, conforme al dogma de la Iglesia católica, está don Manuel Uribe Angel, primer presidente de esta Academia, quien de seguro hizo germinar la idea de su fundación, a impulsos de su patriotismo, para que la historia verdadera de esta sección amable de la patria fuera reflejo del pasado, con el propósito de volver claros y luminosos los caminos del porvenir. Alma buena la suya, de hombre religioso, a su impulso se alzaron las columnas del templo de Santa Gertrudis de Envigado; mente iluminada de sabio la suya, abrió caminos de esperanza para la medicina en su patria chica y en todos sus contornos; inquieta, su visión del futuro de esta tierra le dictó su geografía física y su historia de la conquista de Antioquia. Médico, profesor, hombre de bien con tendencias a una desmedida caridad, fue luz de su tiempo, profeta del mañana, creador de esperanzas. Ahí está su figura que se levantó en Envigado la mañana del 4 de septiembre de 1822 y se durmió en esta ciudad de Medellín el 16 de junio de 1904, a los siete meses de haber fundado esta Academia.

Y recordad, señores, que en esa sala germinal de la Academia está sentado con el presidente, en actitud de pensador, don Alejandro Barrientos Fonnegra, hombre de inquietud intelectual, nutrido con lo mejor que entonces en cultura se encontraba en el ambiente, representante de Bello en donde había nacido en 1840, que había escrito ya *La patria boba* y *El primer maestro de Medellín*, memoria en la que recordaba a don Manuel Sánchez de Vargas. El seguiría siendo alentador de este ideal hasta el año de 1922, fecha en que acaeció su muerte.

Y don Estanislao Gómez Barrientos, quien fuera Diputado, Administrador de la Hacienda Pública, Administrador del Tesoro, Secretario de la Sociedad Antioqueña de Agricultores, Director de la Biblioteca Departamental y connotado jurista, los acompaña en esta hora para dar lustre a la naciente entidad. Don Estanislao nació en Medellín en 1850 y con él había ya en la Academia una representación del Valle de Aburrá en su primera extensión. Don Estanislao murió en 1931.

Y don Ramón Correa, notable jurisconsulto de su tiempo, formaba en este grupo, para que Antioquia, fuera de los lindes del Valle de Aburrá, estuviera en él representada; natural de El Retiro, había nacido en esa ilustre comunidad en 1859; honraba entonces el foro y estaba preocupado por la investigación histórica.

Y don José María Mesa Jaramillo, oriundo de Envigado, era hombre de cultura universal entonces; ejercitaba el magisterio y escribió inolvidables crónicas, entre las cuales está su "Reseña histórica de la Universidad", que de seguro es obra fundamental para esclarecer los pasos primeros y lustrosos de nuestra alma mater. Era miembro inicial de la Academia.

La figura de don Tulio Ospina dio realce también a esta primera sesión de la Academia. De porte majestuoso; rostro severo sin saña; saliente mostacho ilustre; corazón bondadoso; frente ancha que anunciaba su figura de pensador, de matemático notable, de hombre de extraordinaria cultura, adquirida en varios centros famosos del extranjero. Fue Rector de la Universidad de Antioquia y de la Escuela Nacional de Minas. Fue Representante y Senador y allí prestó invaluable servicios a la patria. Su presencia era a todas luces honra y prez de la Academia, como hubiera podido serlo de cualquier centro científico del mundo.

Don Alvaro Restrepo Eusse era natural de Yarumal y había nacido el 16 de enero de 1844. Fue uno de los educadores más sobresalientes de este medio. Fundó colegios de enseñanza secundaria. Activó la educación e ilustración de los jóvenes de ambos sexos. Su cultura jurídica era amplia y ejerció con brillo la magistratura. Viajó por el viejo mundo y desde allá escribió sus célebres cartas hagiográficas; hizo el memorándum de la Historia de Antioquia y dio brillo inicial a la Academia.

Don Fernando Vélez es hombre conocido, no sólo en este centro sino en muchos otros de la cultura nacional. Nació en Medellín en 1848. Hizo estudios de derecho en el Colegio del Estado —hoy Universidad de Antioquia—. En 1891 publicó su libro *Datos para la historia de Derecho nacional*, y luego su célebre comentario del Derecho Civil, que sigue, aún hoy en día, siendo guía de estudiantes y libro de información para quienes profesamos el derecho. Viajó por Europa y murió en Roma el 8 de julio de 1935. Pero en este día luctuoso para la historia de Antioquia ocupaba un sillón en la Academia.

Allí tenemos a los fundadores de esta Academia que a todos nos es tan cara. Ellos le dieron contextura jurídica como entidad corporativa; ellos organizaron sus primeros pasos e hicieron los iniciales estatutos; ellos están ahora presentes a este llamado de reconocimiento histórico que la Corporación que fundaron les tributa, en nombre de Antioquia toda, de Colombia, de su pasado, de su presente y de su porvenir.

Con clara visión de su destino, ellos llamaron en sesiones subsiguientes a las personas que debían sentarse en estas sillas para ennoblecerlas y para honrar y servir a su departamento y a su nación. Después vinieron otros: don Gabriel Arango Mejía, don Camilo Botero Guerra, don Fidel Cano, don Juanuario Henao, don Gabriel Latorre, don Francisco de Paula Muñoz, don Obdulio Palacio M., don Andrés Posada Arango, don Clodomiro Ramírez, don Eduardo Zuleta, don Benjamín Tejada Córdoba, don Bartolomé Restrepo, don Carlos E. Restrepo, don Eusebio Robledo, don Emilio Robledo, don Luis López de Mesa, don Bernardo Toro, don Pedro Rodríguez Mira, don Agapito Betancur, don Julio César García, don José María Bravo, don Tomás Cadavid, don Marco Fidel Suárez, y qué sé yo tantos y tantos varones ilustres cuyos nombres

fortalecen las fuentes culturales de esta tierra, y cuya memoria será inmarcesible en los anales de la historia de Antioquia y de Colombia.

Honra a ellos, señores académicos; honra a sus vidas, honra a su memoria, honra a su obra que está en la entraña de nuestros afanes culturales y constituye patrimonio intelectual de todas las generaciones antioqueñas y colombianas.

Cicerón dijo, en afortunada síntesis, que la historia es "testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis". Y en realidad lo es: testis temporum, testigo de los tiempos, es la historia que escribieron los varones ilustres cuyos nombres estamos hoy aclamando con jubilosa gratitud; tiempo de avances culturales, así lo atestiguan sus obras; tiempos de esperanzas patrióticas en la conformación social y política de la patria, así lo atestiguan sus afanes; tiempos de conformación actual con miras al porvenir, así lo revelan sus presagios; el pasado recuperado por la conciencia individual y social tiende hacia un porvenir que a su vez se pierde en el pasado; lo que nos une es precisamente este ser histórico, este perpetuo pasar; lo que tenemos en común nosotros los hombres es, precisamente, lo que nos hace perpetuamente otros.

Pero la historia es también lux veritatis, luz de la verdad; la historia no es ciega; la historia es fiel como nadie lo ha sido: la historia no está sedente, sino en pie y figura sus pasos en progreso; lleva en una mano la antorcha de la verdad para iluminar el camino por donde progresan sus pasos los pueblos en busca de su destino; quizá podemos imaginarla también con los anales abiertos en la otra mano, para fijar en ellos sus recuerdos presentes, para guardarlos del pasado. Por ello seguirá siendo luz, luz de verdad, luz de entendimiento humano, luz de convivencia social, luz de orientación política, luz del camino para el avance seguro.

Pero la historia es también vita memoriae, vida de la memoria, por cuanto no podríamos sin esa vida estar evocando los nombres gloriosos de estos fundadores nuestros, que ahora asisten a nuestra historia desde la propia sede de su inicial sesión. Vida de la memoria no es lo mismo que la memoria de las vidas; bien se guardó el filósofo romano de decirlo; la vida de la memoria es la causa de ser vital, móvil y dinámica de los acontecimientos del ayer; la vida de la memoria no digamos ya que recuerda los nombres de nuestros compañeros pretéritos, sino que les infunde aliento vital para hacerlos partícipes de nuestro ágape de hoy.

Y es también la historia maestra de la vida, por cuanto ella enseña al hombre, en su paso por el tiempo y por el espacio, a sentar sus pies en seguro peldaño; le indica cuáles son las vías de la ascensión por cuanto enseña que no puede haber progreso si se camina por valles y llanos; que éste está en la cima de escabrosa montaña, a cuya meta sólo llegan los que saben aprender de la historia su lección de sufrimiento y de amor apasionado por el hombre.

Y es también la historia nuncio de las cosas de ayer, nuntia vetustatis, por cuanto en ella está el fundamento de las cosas de hoy; por cuanto la historia es fábrica vertical, ascensional y dinámica. Y si lo es, necesita un fundamento firme para su estructura.

Ahí tenemos, señores académicos, un derrotero ejemplar. Sabido es que los historiadores debemos serlo de la vida y no de la muerte; que nuestra investigación del pasado debe fundamentarse en el aliento vital que de él proviene para vivificar el porvenir; si la simiente no se entierra debajo del

humus fecundo, en aparente muerte, no surgirá de ella el pimpollo deseado que después habrá de crecer y dar frutos a su tiempo.

...Debemos constituirnos en esta Academia en los constantes celadores insomnes de los más altos valores de la patria. Sinceros en el investigar, honrados en el momento de la comunicación; fuertes para no ceder a los halagos de la tentadora utilidad personal; humildes frente a la luz de la verdad para que ella, como un sacramento, ilumine nuestra mente para el bien común; empujados en la brega para que la lucha se convierta a su final en victoria.

Afortunadamente la Academia no ha cejado en sus empeños, ni ha cedido en sus valores en estos años en que sus miembros han rodeado sus banderas, con denodado afán y con amoroso designio.

Desde la familia inicial de su conjunto, en setenta años, se ha visto desfilar por sus caminos, a los hombres mejores y más connotados de Antioquia y de la patria; sentarse en un sillón de aquestos ha significado siempre para el hombre el más alto galardón espiritual de su vida; así lo hemos sentido todos, inclusive los que, como yo, nos sabemos en realidad indignos de semejante honor y débiles para tamaña encomienda.

Y ha sido en realidad galardón, presea y escudo de la vida el diploma que nos acredita como miembros de esta familia, con un vínculo de consanguinidad en el orden de la cultura.

Señores: la invitación que nos están haciendo desde el pasado nuestros fundadores a quienes hemos citado a presencia en esta sesión extraordinaria, es la superación en el servicio de la comunidad como historiadores de la vida y no de la muerte; evocamos con espíritu alegre a los de ayer para que comparezcan a presencia vitales y ciertos, palpitanes en su historia, didácticos en sus obras culturales, con luz de verdad en sus prospectos, en un constante afán orientador de los destinos de la comunidad de que formaron parte.